

ENRIQUE DICKMANN

LA CONQUISTA

== DEL =====

GOBIERNO COMUNAL

Conferencia dada el 8 de Octubre
de 1914, en el Centro Socialista
de Tolosa. =====



BUENOS AIRES

Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía. - Belgrano 475

1914.



ENRIQUE DICKMANN

LA CONQUISTA

= DEL =====

GOBIERNO COMUNAL

Conferencia dada el 8 de Octubre
de 1914, en el Centro Socialista
de Tolosa. =====



BUENOS AIRES

Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía. - Belgrano 475

1914.

DEL MISMO AUTOR:

SUFRAGIO UNIVERSAL.

¿ OYES PEDRO ?

EMILIO ZOLA. — SU VIDA Y SU OBRA.

CARTAS EUROPEAS.

HISTORIA DEL 1.º DE MAYO EN LA REPÚBLICA
ARGENTINA.

JORNADA LEGAL DEL TRABAJO Y SEMANA
INGLESA.

CIUDADANOS :

TRABAJADORES :

El Partido Socialista, en su obra de cultura y educación, no busca conquistas fáciles ni triunfos inmediatos. Su obra es más honda, más fundamental, más trascendental; es inculcar en la mente de cada hombre y de cada mujer ideas y nociones fundamentales de democracia y de libertad; es enseñar a cada hombre y a cada mujer a gobernarse a sí mismos, y, en conjunto, a gobernar la sociedad. Estas cosas elementales y fundamentales al mismo tiempo, no se consiguen fácilmente.

Es muy fácil presentarse ante una asamblea, hablar un lenguaje que no se comprende (y cuanto más incomprensible, muchas veces más aplaudido), y que el auditorio salga de ella con la mente vacía y con el corazón estéril, tal cual ha entrado. Pero mucho más difícil, mucho más importante y mucho más complejo, es venir a enseñar, a decir verdades, a decir a las masas populares esta gran

cialistas, antes de mandar su primer y único diputado a las cortes, han tenido muchos concejales en las comunas; en Francia, antes de tener diputados en el parlamento, han sido dueños de muchas municipalidades. En Inglaterra, en Alemania, en los Estados Unidos, donde aun no tienen ni un solo diputado en el parlamento federal (porque tenían uno y lo perdieron), los socialistas dominan en centenares de municipalidades.

La política municipal, la administración comunal, fué la base y el principio del movimiento socialista en todos los países civilizados. Aquí, empiezan las cosas al revés: antes de tener un solo concejal, hemos tenido un diputado al parlamento; y ahora, tenemos nueve diputados y un senador en el parlamento nacional, diputados a las legislaturas, y no tenemos todavía media docena de concejales en todo el país. (*Risas y aplausos*).

En estos momentos, el Partido Socialista, fuerte políticamente, se preocupa de la conquista del gobierno comunal. Y se preocupa porque comprende que es la base, es el fundamento, es, según la expresión de Tocqueville, la base elemental de los derechos y de las libertades populares.

En la administración comunal, en el gobierno de la comuna, los ciudadanos aprenden a conocer sus intereses más inmediatos, aprenden a manejar los intereses reducidos de una localidad, aprenden lo que es un sistema impositivo, lo que quiere decir “cobrar impuestos” y lo que quiere decir “gastar”; en una palabra, es el gobierno de la propia

casa; si uno no sabe gobernar su casa, mal puede gobernar la ajena, mal puede administrar una comuna; en otros términos, el gobierno comunal es el abecé de la política práctica.

En la República Argentina hasta ahora no ha existido gobierno comunal, como no ha existido gobierno democrático. Nos hemos pagado de palabras; tenemos una hermosa Constitución; la Constitución contiene muchas cosas buenas, ¡pero nadie le lleva el apunte a la Constitución!... (*Risas*). Según la gráfica expresión de Vélez Sársfield es “un librito que anda por ahí”.

Confieso con toda sinceridad que no doy mucha importancia a la letra de la Constitución: las constituciones son buenas cuando los hombres saben y quieren cumplirlas, y son malas, no sirven para nada, cuando los hombres no saben ni quieren cumplir ni hacerlas cumplir; y es inútil tener una buena Constitución sin la costumbre, la práctica y el ejercicio de la libertad. En la provincia de Buenos Aires — y este es el caso típico — existe la más hermosa Constitución del mundo... y existe también la oligarquía más corrompida del mundo! (*Risas y aplausos*).

Un buen día, en la provincia de Buenos Aires, un grupo de hombres, posiblemente bien intencionados, dijeron: “Vamos a hacer una Constitución”. Se reunieron y se impusieron la tarea de redactar para su provincia la mejor Constitución del mundo, desconociendo en absoluto la vida real de la provincia, desconociendo la capacidad

colectiva del pueblo — falto de toda noción de democracia práctica —; y, para redactarla, han rebuscado las mejores constituciones de los mejores países democráticos, sacando de ellas las mejores cláusulas, y fabricaron así una Constitución para la provincia de Buenos Aires, Constitución que no ha servido para nada. Tan no ha servido para nada, tan ha sido de absurda, tan ha sido de teórica — fuera de lugar y fuera del tiempo —, que teniendo, según ella, la provincia el régimen electoral más perfecto del mundo, por su representación de las minorías (la más ínfima minoría, según la Constitución, debía estar representada en los municipios y en la legislatura), a pesar y por encima de la Constitución, durante largos años ha reinado la más absoluta unanimidad en sus cuerpos colegiados; ¡Ni un solo representante de las minorías! Y hasta hace muy poco, ni una sola agrupación ha podido hacer triunfar ninguno de los suyos, a pesar del régimen electoral más liberal y más perfecto que teóricamente existe en el mundo! ¿Qué quiere decir esto? Que la Constitución no ha servido para nada, que no sirve aún. Están elaborándose recién ahora los factores y los elementos de la verdadera democracia, y se están elaborando lentamente. Se están elaborando en la ciudad y hasta en la campaña; pero, sobre todo, en las ciudades. ¡La campaña aun es el contrapeso del progreso político de la provincia!

Son las estancias, las peonadas, las peonadas del estanciero conservador como las del estanciero radi-

cal, que son arreadas, que son llevadas, ¡a rebenque limpio! a votar el día de la elección por una copa de caña, por un asao con cuero o por una empanada. (*Risas*). Es la campaña la que impide el progreso político de la provincia, y son las ciudades, son los pueblos, los que empiezan a organizarse, que empiezan a despertar.

¿Por qué queremos los socialistas conquistar el gobierno del municipio? ¿Qué interés tenemos?

No vamos en pos de una quimera; no nos interesa la libertad por la libertad; no tenemos ningún culto por la palabrita “libertad”. Un filósofo ha dado cien definiciones de esta palabra, llegando a la conclusión de que la palabra “libertad” no quiere decir nada.

La libertad política es el ejercicio real de la vida democrática, y si queremos conquistar el municipio, no es por esa palabrita “libertad”, sino porque atribuimos a esa conquista ventajas más fundamentales, más positivas y más reales. Toda colectividad humana crea una vida en común. Mientras un hombre vive solo en el campo, no necesita de municipalidad; él es su propio gobierno comunal: ahí está su pozo para el agua, ahí está su vaca para la leche, ahí está su carnero para que lo “carneree”... (*Risas*); es el gobierno individual, propio, y no necesita gobierno municipal. Pero, desde que los hombres se agrupan, desde que viven en conjunto surgen nuevas necesidades de la vida en común. Entre el montón de casas se necesitan calles, y para poder transitar por

las calles, se necesita pavimentación, si no, se hacen barriales que lo imposibilitan. Se necesita proveer a la población de alimentos, y éstos deben llegar sanos e higiénicos a cada casa. Y como cada hombre o mujer tienen su ocupación, no pueden inspeccionar los alimentos por sí mismos, ni son capaces de hacerlo; se necesitan, pues, inspectores especiales para ello. Hay que barrer las calles; hay que tener agua corriente, porque el agua de pozo no sirve en la ciudad: es agua venenosa; se necesitan cloacas para eliminar las inmundicias; hay enfermos, se necesitan hospitales, y si son enfermos contagiosos, hay que aislarlos para que no apesten a los demás; hay que tener una cantidad de servicios públicos y colectivos. Entonces, la comuna, en conjunto, organiza su propio gobierno, su gobierno comunal. Son los servicios inmediatos a toda la población, los servicios indispensables, aquellos a los cuales una colectividad humana no puede substraerse ni abandonar, si no se quiere ver por todas partes el abandono y la inmundicia, si no se quiere tener las calles llenas de lodo, si no se quiere tener enfermedades contagiosas que se esparzan por todo el pueblo, si se quiere tener la leche sana e higiénica, el matadero público bien inspeccionado para que no se entregue al consumo la carne tuberculosa, si se quiere comer el pan bueno y limpio; si se quiere tener, en una palabra, todos los servicios colectivos necesarios para la salud, para la vida y el bienestar de una población, es indispensable tener un buen gobierno comunal.

Tal es la explicación, clara y sencilla de lo que es el gobierno comunal. A nadie puede ser indiferente. Puede un ciudadano no comprender el alcance efectivo, trascendental, de la acción política nacional; puede no comprender ni interesarse por la acción política provincial; pero, ninguno, ¡absolutamente ninguno! so pena de ser un perfecto ignorante, puede desconocer la necesidad de la acción municipal, porque es lo directo, lo inmediato, lo que toca a todo el mundo. Un obrero que gana un salario apenas para vivir, que no está asegurado contra ninguna de las múltiples contingencias de la vida (en nuestro país no hay seguro contra la vejez, contra la enfermedad, contra la desocupación, ni contra la invalidez), el día que deje de trabajar, o, trabajando, tenga un enfermo en la casa y para cuya asistencia no basta el salario, necesita médico, remedios y hospital municipal, y necesita todos los servicios de orden colectivo; y por eso, vuelvo a repetir, el gobierno comunal es lo más inmediato, lo más directo que todo ciudadano debe comprender y practicar. Ahora bien; para gobernar para realizar estos servicios públicos — gobernar no quiere decir “robar”: quiere decir administrar honestamente los intereses comunes y prestar reales servicios al pueblo—; para gobernar, se necesita dinero, y este dinero hay que sacarlo de alguna parte, y, entonces, vienen los impuestos municipales.

Si el municipio es gobernado por una sola clase social o si está delegado en un solo individuo, como

sucede en La Plata, el dinero para la administración comunal saldrá de las necesidades, de la miseria, del hambre, del alimento, del vestido y de la habitación de la gran masa del pueblo: los impuestos serán indirectos, saldrán del consumo. En cambio si el gobierno municipal está en manos del pueblo, los recursos saldrán del privilegio, de la riqueza y del lujo! (*Aplausos*).

Nuestro gobierno comunal, en toda la república, aun donde hay concejales, está dominado por la política oligárquica. Tanto en la capital federal, donde existe un concejo municipal producto del voto calificado, como en la capital de la provincia, donde hay un comisionado municipal, el régimen impositivo es absolutamente idéntico, porque todavía en los municipios no han entrado las fracciones verdaderamente populares que podrían dar nuevas ideas y nuevos rumbos en materia impositiva.

El gobierno municipal de La Plata, entiendo, gasta por año un millón y medio de pesos, más o menos; es decir, que, calculando los habitantes de la ciudad en unos cien mil, gasta por cabeza quince pesos anuales. Una familia de seis personas; padre, madre y cuatro hijos — en las familias pobres no es mucho: los pobres en general son fecundos... (*Risas*)... no hacen fraude en nada... y mucho menos en el matrimonio... (*Risas y aplausos*).

Una familia de seis personas paga al gobierno municipal la suma de noventa pesos por año. Cualquiera de ustedes, sin saberlo, sin comerlo ni be-

berlo, chicos y grandes, viejos y niños, mujeres y hombres paga al gobierno municipal quince pesos por año. Es evidente que muchos padres de familia se quedarían sorprendidos si se les dijera que pagan noventa pesos anualmente al comisionado municipal. “Nos va a decir a nosotros — dirían— ; si el comisionado no nos saca nada del bolsillo!”; pero ignoran que saca de la leche, de la carne, del pan, del empedrado, de la luz; saca del alquiler, porque si el dueño de la casa paga luz, empedrado, etc., él, a su vez, recargará el alquiler. La inmensa mayoría no sabe que paga impuesto, porque nuestro régimen impositivo está organizado en tal forma, que no le permite darse cuenta de ello. Cuando el hombre, o la mujer, va a la panadería de la esquina y paga veinticinco centavos el kilo de pan, no sabe que cinco o diez centavos se pagan por toda clase de impuestos; cuando nuestra mujer o nuestra madre, va al almacén a comprar un litro de kerosén y lo paga a veinticinco centavos, no sabe que apenas vale doce centavos, y que el resto es impuesto; todo el mundo paga impuesto sin saberlo, absolutamente sin saberlo, y los impuestos, hoy, y en nuestro país, salen, como dije antes, de todos los artículos que consumimos: pagamos impuesto por todo lo que comemos, pagamos impuesto por todo lo que vestimos, pagamos impuesto por el techo que nos cobija, pagamos impuesto por el derecho de nacer y pagamos impuesto por el deber de morir! (*Risas y aplausos*).

En los pueblos gobernados democráticamente, la

fuente de los impuestos es ya muy distinta. Un hombre trabajador, que ha ahorrado sobre el hambre y la miseria, consigue reunir unos pesitos y quiere construirse una casita — es el ideal de la inmensa mayoría de la gente, y es un ideal muy legítimo; el que puede emanciparse del casero trata de construirse un “rancho” —, y por el derecho de construir una casa la municipalidad le saca una punta de pesos: por concederle el permiso de edificación, por los planos, por darle la línea, por el derecho de hacer la vereda, por el derecho de tener puertas y ventanas, en fin, por el derecho de cobijarse bajo techo.

Sin embargo, si uno tiene terrenos baldíos, no paga casi nada. Es decir, para edificar, para hacer el progreso urbano, para hacer cosas útiles a la gente, la municipalidad cobra un impuesto; pero no cobra, o cobra muy poco sobre los terrenos baldíos. Si uno tiene un terreno en plena ciudad y en donde no construye, no edifica, no hace nada, este terreno se valoriza constantemente; porque al lado se ha edificado, porque con la densidad de la población se han establecido tranvías, se han adoquinado las calles y se ha realizado toda clase de progresos, esta manzana de tierra en que no se ha hecho nada, absolutamente nada, se valoriza continuamente, y casi no paga impuesto al municipio.

Parecería que el gobierno municipal prefiriera que los terrenos quedaran baldíos y no se construyera casas, porque para construir hay que pagar

altos impuestos (*aplausos*) y su ideal sería que la gente viviera al aire libre, porque hace todo lo posible para dificultar la edificación! (*Prolongados aplausos*).

En los municipios modernos se han suprimido completamente los impuestos indirectos: tienen otras fuentes de renta. Así, por ejemplo, las ciudades inglesas tienen monopolizados los grandes servicios públicos. En Glasgow, importante ciudad industrial inglesa el tranvía es municipal, como lo es la luz, el agua y otros servicios públicos. En vez de hacer concesiones a compañías extranjeras, para que el capitalista saque altos dividendos explotando la población por su necesidad de trasladarse de un punto a otro, el tranvía puede ser muy bien administrado por la misma comuna. En una gran parte de las ciudades europeas el tranvía es propiedad municipal. Y si se hiciera lo mismo aquí, se conseguiría, además, de la renta, un servicio barato: el viaje, en vez de costar diez centavos costaría cinco, o cuatro o tres centavos, y se conseguiría que las ganancias, en vez de ir a Londres a enriquecer a los capitalistas ingleses, quedarán para el municipio, porque, en general, producen ganancias. Las aguas corrientes, la luz, etc., todos son servicios municipales de donde pueden salir recursos para el gobierno comunal.

Por otra parte, los municipios bien gobernados, democráticamente gobernados, gravan a todos aquellos terrenos en que no se construye, y libran de impuestos a todos aquellos en que se edifica, es-

timulando, fomentando y favoreciendo así la edificación de casas. Y con esto se consiguen dos cosas: abaratar el alquiler a medida que se construye (donde hay muchas casas, con relación al número de habitantes, allí el alquiler es barato, y donde hay pocas casas, el alquiler es caro) e impedir la especulación. En una ciudad donde la municipalidad cobra un alto impuesto por el terreno baldío, nadie va a emplear dinero en ello y no se especularía con las necesidades y el progreso colectivo. En una palabra, en las ciudades europeas democráticamente gobernadas las fuentes rentísticas han cambiado completamente: en vez de sacar de la leche, del pan, de la carne, de todas las necesidades populares, se saca de los grandes servicios públicos, de la renta de los ricos, del vicio y de los terrenos baldíos. Esa es la fuente de percepción de las rentas donde gobierna la democracia: todo lo contrario donde gobierna la oligarquía — sea la oligarquía en forma de comuna electiva en los pueblos de la provincia, sea la oligarquía en forma de municipalidad en la capital federal o sea la oligarquía en forma de comisionado municipal, como en La Plata, que ya es la quintaesencia de la oligarquía— (*¡Muy bien! Risas y aplausos*). Esto es en cuanto a la percepción de los impuestos o sea a la formación de los recursos municipales.

Acabamos de ver, pues, cómo el gobierno municipal percibe los impuestos; ahora hay que ver cómo se gastan los dineros del pueblo en las muni

cipalidades gobernadas por la oligarquía, y cómo en las municipalidades gobernadas por la democracia.

En las municipalidades gobernadas por la oligarquía se percibe el dinero de las necesidades del pueblo y se le invierte en lujo, en lo superfluo, en lo innecesario; en las ciudades gobernadas por la oligarquía se encuentran barrios muy lujosos, de calles admirablemente pavimentadas, alamedas y jardines, avenidas donde se encuentra a cada cuadra veinte “musolinos” (*risas*) limpiando constantemente; hay parques hermosos, para los ricos; pero, si ustedes salen de la periferia del barrio rico, en seguida se encuentran con el contraste más chocante, con barrios completamente abandonados, sucios, inmundos, de calles no pavimentadas, sin luz, sin aire! ¿Por qué? ¿Se comprende perfectamente bien! En la actual organización social cada uno trata de llevar el agua a su molino. Si gobiernan los ricos, muy zonzos serían si hicieran barrios populares muy limpios e higiénicos y abandonarían sus propios barrios; hacen lo que les conviene. Si gobiernan los pobres, tratan de satisfacer sus necesidades, y como los pobres son la mayoría, con satisfacer sus propias necesidades, satisfacen también las colectivas, mucho más y mejor que los ricos.

En los municipios de gobierno democrático, ustedes no encuentran barrios tan lujosos ni tan espléndidos, pero encuentran barrios perfectamente limpios e higiénicos. He recorrido muchas ciuda-

des europeas y he visto precisamente esto, que no se ve en nuestras ciudades. Yo no conozco bien La Plata, pero me imagino que será la imagen de lo que es la capital federal. Todos los pueblos de la república se parecen en lo material y en lo moral. En lo material, con sus calles más o menos rectangulares, con sus casas chatas, abandonadas las calles, gran parte sin aguas corrientes; donde reina la fiebre tifoidea, donde los chicos se mueren como moscas, donde las enfermedades infectocontagiosas hacen estragos. Y en lo moral, es el gobierno de la oligarquía, es el abandono, es la falta de acción y de cultura popular; tal es, en una palabra, la imagen de un pequeño pueblo de las provincias (y La Plata no es todavía una ciudad, sino una gran aldea). No hay bibliotecas; yo no sé si en La Plata habrá una biblioteca, pero estoy seguro que habrá bibliotecarios que cobran el sueldo puntualmente; no sé si hay libros, y, sobre todo, si hay quien los vaya a leer. En los pueblos chicos no existen agrupaciones sociales constituídas para la diversión sana e higiénica, no hay grupos sociales constituídos para la educación y la cultura. Me da pena y vergüenza decirlo: en la inmensa mayoría de los pueblos de la república, casi el único punto social, el club social, el punto de reunión, es el burdel. Yo he oído en las estaciones exclamar a la gente: “Che, fulano, esta noche nos vamos a encontrar en tal parte”, en el burdel. Si ustedes quieren encontrar al comisario y al intendente del pueblo, vayan a buscarlos a la taberna

del bürdel. ¡Ese es su punto de reunión social!
(*Aplausos*).

Veamos ahora por qué nuestros gobiernos se han resistido y se resisten a conceder el gobierno municipal.

Yo me explico que en el comienzo de la vida política argentina no hubiera capacidad en las masas populares para elegir sus autoridades municipales, provinciales o nacionales. Masa amorfa, masa inculta, que sirvió de instrumento inconsciente, no pudo realizar el gobierno de la democracia. Pero si todo régimen en sus comienzos tiene su explicación, si no su justificación, con el andar del tiempo sobrevive y pierde su razón de ser. Y con el tiempo esa masa amorfa e inculta se ha vuelto más orgánica, más culta y más capaz, pues las necesidades de la vida y la escuela — aun deficiente en nuestro país, deficiente en número y deficiente en calidad — cada día elaboran factores de democracia y factores de progreso. ¡Y entonces la oligarquía nuestra, que en sus principios era casi una necesidad, porque no podía ser de otro modo, llegó a un momento en que ya era un estorbo, y ahora es el gran estorbo para el progreso político de la república!

¿Y por qué esta oligarquía hace una resistencia tan grande, una oposición tan colosal para no permitir que la masa popular tenga intervención en el gobierno comunal, como decía antes, el abecé de la política general? Ha de haber una explicación, una razón.

La razón y la explicación son dobles: hay que buscarlas arriba y hay que buscarlas abajo.

El sistema político, si tomamos la provincia de Buenos Aires, está organizado como una máquina perfecta: arriba, el capataz de la estancia (*risas*) es el gobernador: ese manda, hace y deshace; pero este hombre, para gobernar a su gusto y antojo — llámese Ugarte o Irigoyen, Julio Costa o Menchaca, absolutamente da igual (*aplausos*) —; este hombre necesita tener elementos para sostenerse en el gobierno y los elementos los halla en las comunas: se organiza el gobierno sobre la base de la comuna; el intendente municipal, el comisario de policía y el juez de paz, son los tres personajes: el padre, el hijo y el espíritu santo (*risas*) de la politiquería criolla; si se tiene estos tres resortes, se está seguro de que el pueblo va a hacer lo que el gobernador quiera.

En los países de régimen autocrático, no se elige los gobernantes; allí el régimen político está de acuerdo con el estado real del pueblo; pero aquí existe la simulación de la democracia y hay que menar las formas. Hay que elegir el gobernador, y para elegirlo se necesita estar seguro de que todos los resortes de la máquina están bien ajustados.

Ustedes saben que para realizar el fraude electoral, hay que “hacer” a los escrutadores de las mesas, hay que asegurarse los escrutadores, pues el escrutador es una pieza muy importante de la máquina, porque si se tiene al escrutador se

puede hacer votar a los muertos, a los ausentes, a los no nacidos y a los por nacer. (*Risas y aplausos.*) Si no se tiene al escrutador, la máquina puede fallar. Al escrutador lo elige el gobierno municipal; es el intendente y son los concejales los que “hacen” al escrutador.

Hacen el sorteo de los escrutadores — les explico esto para que comprendan bien por qué el gobierno necesita la municipalidad — los concejales, en las comunas donde los hay: de ahí viene el primer fraude y el principal delito. Por cierto que si se hubieran de elegir los escrutadores mediante el sorteo honesto, jamás se estaría seguro de quiénes son los que van a salir; pero hay que sacar a los “caudillitos de barrio”, hay que hacer salir a los elementos adictos, y entonces se realiza la simulación del sorteo: existe la famosa maniobra de la bolilla hinchada (*risas*); se hace una cantidad de bolillas, y las que no se quiere que salgan, se las hace hervir... y naturalmente, no pasan por el agujero... (*Aplausos.*)

Una vez que los concejales hacen el sorteo de los escrutadores — siempre salen los mismos, el sorteo es siempre absolutamente idéntico: salen siempre los mismos escrutadores (*risas*) — ya se tiene el resorte fundamental, y una vez constituida así la mesa escrutadora se realiza la elección: sobre esta base se hace la legislatura y se hace el gobernador. Quiere decir que el gobierno municipal es el resorte primordial de la oligarquía. Por eso en la provincia de Buenos Aires, cuando el

gobernador no está muy seguro de una situación, es decir, cuando no está muy seguro de los concejales que sortean a los escrutadores, en seguida manda allí la intervención, nombra un comisionado; y así, el gobierno de la provincia tiene siempre treinta o cuarenta comunas intervenidas por sus comisionados. Se manda el comisionado a aquel pueblo o ciudad donde el gobierno no está muy seguro de la lealtad de la comuna. Los caudillos locales a su vez, sirviendo al gobernador, se aseguran el usufructo impune de la situación... Y si hay comisionado en La Plata, es porque el gobierno no está seguro nunca de constituir una municipalidad que le sirva para su politiquería: ahí está el secreto.

Hace doce años que la ciudad de La Plata está intervenida por un comisionado. ¿Por qué? Porque el gobierno no está seguro de, si convocara mañana a una elección, que salga una municipalidad adicta al señor gobernador, a S. E.

Se nos dice y se repite con gran frecuencia: ¿qué importa que haya un comisionado? La ciudad progresa bajo el régimen del comisionado. La Plata ha progresado mucho; se puede traer un extranjero, hacerlo pasear por el bosque, mostrarle los cosas lindas — por supuesto que no le van a mostrar las cosas feas — y el extranjero, por cortesía, alabará el progreso de la ciudad... Pero, aun admitiendo que un comisionado pueda ser el prototipo del hombre honesto y activo, aun admitiendo esto, que es mucho admitir, no se puede

aceptar la doctrina, porque sería aceptar el gobierno de un solo hombre: mejor que una democracia, una autocracia; mejor que un presidente de la república, un emperador; mejor que un parlamento, no tenerlo; sería negar la democracia; y yo prefiero un gobierno pasablemente bueno, pero gobierno del pueblo, y no un gobierno de primer orden, pero gobierno de un tirano (*Aplausos.*)

Porque la tiranía conduce siempre a la corrupción; no hay tiranía, por mejor que haya sido en sus comienzos, que no haya caído en la decadencia más absoluta, mientras que los gobiernos populares, aun incapaces y sin gran ilustración en sus comienzos, siempre van perfeccionándose y mejorándose. ¡Tal el gobierno de la democracia!

Por eso, aun admitiendo que algún comisionado haya dado buen resultado, no se puede aceptar esto ni teórica ni prácticamente! (*Aplausos.*)

Estas cosas del gobierno popular, de la democracia, del gobierno de la democracia, del gobierno propio, no son fáciles, no son sencillas, no vienen como el maná del cielo. Ustedes sabrán que la Biblia cuenta que un día, hace dos mil años, en un desierto cayó maná del cielo: la gente no necesitó trabajar ni hacer pan, ni comprar artículos, porque con abrir la boca... (*risas*)... le caía el maná del cielo. Si alguno de ustedes quiere hacer la prueba ahora, y abre la boca y mira al cielo... le va a caer cualquier cosa menos el maná. (*Risas.*)

Eso sucede en las cosas materiales como en las cosas políticas e intelectuales. Las libertades no vienen de arriba, y si vienen, son efímeras y pasajeras.

La libertad, la democracia, la Constitución, el gobierno popular, el gobierno propio, deben ser productos de la lucha, de la conquista, del deseo vehemente de “hacer”.

Por eso volviendo al principio de mi conferencia, afirmo que nuestra teoría, nuestra doctrina, no es la de la conquista fácil, sencilla y rápida. Sabemos que sobre el pueblo pesan siglos de ignorancia, siglos de esclavitud, siglos de servidumbre. El prejuicio religioso, el prejuicio político, el prejuicio social, tienen dominada a la gran masa humana, y para ilustrarla, para educarla, para inculcar en su mente ideas nuevas, ideas sanas, es una labor, no diré de siglos, pero sí de muchísimos años. Hay también muchos otros factores concurrentes al progreso general, factores múltiples, factores complejos. Nosotros, los socialistas, cuando decimos, cuando sostenemos, que somos el factor principal del progreso político en el país, no queremos decir que seamos el factor único. Los ferrocarriles, los telégrafos, el correo, la escuela, el libro, las comunicaciones internacionales, los buques que llegan todos los días, la gran masa humana que Europa nos vuelca a diario, la mezcla de razas y de pueblos, todos son factores de progreso político-social en la República Argentina.

El Partido Socialista, el socialismo, no es sino la

expresión, la síntesis, la condensación, la quinta-esencia del progreso general del país. El Partido Socialista ha llegado a su tiempo y a su lugar: no es ya una planta exótica, no es una cosa de cuatro locos, sino que es la expresión más acabada, más exacta y más inteligente del progreso general del país! (*Aplausos.*) ¡Y ciegos son aquellos, sordos y mudos, que no quieren ver, oír y comprender que los socialistas no somos la expresión de un estado pasajero, sino la síntesis del progreso fundamental de la república en su técnica, en su economía y en su política!

Y por eso es que nos extendemos en todo el vasto territorio del país; por eso es que nuestras ideas e ideales remueven las conciencias y las inteligencias; por eso es que tantos hombres, si no todos, nos acompañan, nos comprenden y están en el fondo con nosotros; y es por eso que nuestras asambleas, nuestras reuniones cultas y educadas, ejemplos y modelos de reuniones políticas, donde no se siente el olor del alcohol, donde no se oye la frase soez y grosera, donde nadie pelea, donde no sale el facón a relucir, son el exponente del progreso general del país, donde congregamos masas considerables de hombres y mujeres a escuchar, no la palabra galana, sino las verdades que arrojamos a puño lleno en la mente popular! (*¡Muy bien! Aplausos.*)

También debo decirles que los socialistas atribuimos a la política el valor relativo que ella tiene. Nosotros no decimos al pueblo que todo tiene

que esperararlo de la acción política; si tal dijéramos, lo engañaríamos miserablemente; seríamos vulgares charlatanes políticos. Le decimos que de la política se tiene que esperar sólo una parte del progreso general. Decimos que al lado de la política, paralelamente a ella, hay que realizar otros factores de progreso, otras obras colectivas, tan importantes y alguna vez aun más que la misma política; decimos a la clase obrera: hay que defenderse contra la explotación fiscal por medio del voto; hay que defenderse contra la explotación patronal por medio del gremialismo, y hay que defenderse contra la explotación del comercio por medio de la cooperación; y así organizamos a un mismo tiempo a la clase obrera: económicamente, en cooperativas de consumo; gremialmente, en sindicatos de resistencia; políticamente, en partido político. Esta es la triple obra, esta es la triple línea de combate, estas son las tres bases sobre las cuales descansa todo nuestro movimiento social contemporáneo.

Nosotros no queremos votos por los votos mismos, no queremos votos inconscientes, ni votos ignorantes. Representaríamos una mala causa si hubiéramos sido producto del sufragio universal inconsciente e ignorante. Desdeñamos y despreciamos el voto venal e inconsciente, y, en este sentido, atribuimos una importancia real aun a la propaganda anarquista, porque creemos que la propaganda antipolítica aleja de nuestras filas, no a los ciudadanos capaces de comprender lo que es

la política, sino a los ciudadanos incapaces de comprenderla, a los ciudadanos ignorantes y venales, que no servirían sino de estorbo a nuestra obra. (*Aplausos.*)

Hay que conquistar la comuna — donde ella no existe hay que conquistarla, y donde existe, como en la provincia, hay que hacerla democrática —, y todos los hombres amantes de su patria, verdaderos patriotas en el más amplio sentido de la palabra; los que no solo se pagan de símbolos; los que no sólo se paga de himnos; los que no sólo se pagan de colores; los que quieren realmente al pueblo que habita esta tierra; los que no se admiran ante las grandezas de la pampa desierta; los que no contemplan extáticos la selva y el río y la montaña, sino los que quieren para el pueblo buen alimento, buen vestido y buen techo; los que quieren que el pueblo sepa leer y escribir; los que quieren que la República Argentina sea habitada por cien millones de habitantes robustos física y mentalmente; los verdaderos patriotas, tienen que ayudarnos en nuestra gran obra democrática y social, porque, ¡debemos decirlo bien alto! mientras existan países separados por fronteras, cada pueblo tiene la misión principal de trabajar por la grandeza de su propia patria, porque el que trabaja por la grandeza de su propia patria, trabaja por la grandeza de la humanidad entera!

No es suscitando desconfianzas, no es suscitando odios con los pueblos vecinos: ¡no; ese es el falso y mal patriotismo!, sino viviendo en paz con

todos los pueblos de la tierra, y trabajando principalmente por las necesidades locales.

Así, en nuestra política, empezamos por el municipio, nos elevamos a la provincia y subimos a la nación, y, por encima de la nación, comprendemos el internacionalismo. No se puede hacer internacionalismo inteligente si cada nación no entra en el consorcio de los pueblos con sus propias fuerzas intelectuales, morales, físicas y económicas; ¡un pueblo miserable, jamás ha de ser admitido en el concierto de los pueblos libres!

Por otra parte, debo confesar — y es doloroso hacerlo — que la paz, la concordia, la fraternidad, la igualdad, son todavía palabras vanas en el mundo.

Asistimos ahora al espectáculo más doloroso, más desconcertante, al eclipse de todas nuestras esperanzas, a esa colosal tragedia de la conflagración europea, que es la destrucción, el aniquilamiento de los pueblos más civilizados.

¿Quién nos hubiera dicho, quién hubiera creído hace un par de meses que la barbarie es todavía carne y sangre de los pueblos más cultos de la tierra? Si se nos escarba, si se rasca un poquito la superficie, en cada uno de nosotros hay todavía un bárbaro: ¡la civilización es una cosa muy joven, muy reciente aún! Hay que trabajar hondo en la conciencia popular; hay que trabajar con inteligencia, con voluntad, para arraigar los sentimientos de paz, los sentimientos de fraternidad, los sentimientos de libertad. Yo no hablo como pe-

simista, jamás lo he sido; creo que de esta crisis universal ha de surgir más luminoso, más real y más consciente el socialismo internacional. Pero hay que confesar que pasamos por un cuarto de hora terrible en el mundo. Y entonces hay que recogerse cada uno en su propio país, cada uno en su propia nacionalidad; hay que reconcentrarse y continuar la obra de la democracia interna para impedir el triunfo, para impedir el dominio de los imperialistas, que se presentan bajo muchos nombres en las distintas partes de la tierra; para impedir el gobierno de los más por los menos, consolidando la democracia naciente; y continuando la obra local en su faz inteligente y consciente es como se podrá reconstruir la Internacional Obrera y Socialista.

Ciudadanos, trabajadores: Yo quedaría muy satisfecho completamente satisfecho, si de esta exposición, tal vez un poco deshilvanada, no sujeta a un plan previo, como que hemos tocado muchos puntos y hemos analizado muchas cosas, saliera cada uno de ustedes con alguna idea nueva.

Acostumbro a dividir mi auditorio en tres grupos: los que saben más que yo, los que saben tanto como yo, y los que saben menos que yo. Quisiera que ninguno supiera aquí menos que yo: espero que algunos sepan más; pero si todos saben tanto como yo, no habríamos perdido el tiempo repitiendo cosas sabidas pero útiles (hay que tener en cuenta que la repetición es la madre de la ciencia); y si tal vez hay en esta asamblea algunos

que sepan menos que yo, posiblemente habrán aprendido alguna cosa nueva y útil... Y si un solo ciudadano ha aprendido una sola idea nueva, yo me doy por ampliamente satisfecho!

He dicho. (*Prolongados aplausos.*)



Duke University Libraries

D02947432V